8162

Los Palos descados

Juan Ignacio Gonzáles del Castillo

4

A

E
A
Sa

Ma
Ag
b
e
Ma
la
q
de
Agap
sei
do
Cab.
Juan
Mart
los
el
Agap.
can
en
n
a

(Núm. 16.)

SAINETE

LOS PALOS DESEADOS.

ARCHIVO LIRICO-DRAMATICO DE JOSE DE CAMPO ARIZA

PERSONAS.

Don Anastasio.
Rosaura.
Don Pedro.
Perico.

Calle corta con puerta transitable. Salen Don Anastasio trayendo como por fuerza á Rosaura, y despues don Pedro acechándolos.

Anast.—Anda, sobrina, y no vayas
volviendo atrás la cabeza;
las mujeres de tu clase
que en la calle se presentan,
han de ir con modo.
Rosau.—¡Jesús!
¡y qué tio tan postema!
si voy de prisa, se enfada;
si ando despacio, patea;
si vuelvo la cara, gruñe;
y si me rio se emperra.
Anast.—Ven, muchacha.
Rosau.—Poco á poco,
que este zapato me aprieta.
Anast.—No vuelvas atrás la cara.
Rosau.—¡Dale con la impertinencia!
Anast.—Vamos, anda.
Rosau.—¡Ay, mi abanico!
Pedro.—Señorita, pues mi estrella
me proporciona esta dicha,
vuelva usté á tomar su prenda
de la mano de un criado,
que complacerla desea.
Rosau.—Conózcame usted tambien
por su servidora, y crea
que estoy tan agradecida...
Anast.—Calla y no digas simplezas.
Caballero, yo os estimo
la atencion. No te detengas.
Rosau.—Esta es mi casa, y así
puede usted favorecerla
cuando guste.

Perico.—Hoy me harto: Santa Teresa!
¡un duro por cada palo!
Si á este precio se vendieran,
no digo yo, pero muchos,
vestidos de grana y sedas,
sobre el banco de sus lomos
girarán todas sus letras. *Váse.*

Salon, y sale don Anastasio deteniendo á Rosaura.

Rosau.—Déjeme usted.
Anast.—Yo no quiero
que te asomes á la reja.
Rosau.—¡Pero por qué!
Anast.—Porque eres
tan descarada y tan bestia,
que á todos los que te miran
les haces al punto muecas.
Rosau.—Pero si todos me dicen
que soy bonita; ¿no es fuerza
que me ria y que les dé
las gracias? ¡pues está buena!
Anast.—Eso lo dicen por burla.
Rosau.—Vaya, vaya, usted chochea.
Pues mire usté, aquel mocito
que cerca de nuestra puerta
llegó á darme el abanico,
me habló ayer en la alameda,
A—¡y si viera usted qué cosas
me dijo!...
nast.—¡Pero gran bestia!
¿qué te dijo? vaya, dilo.
Rosau.—Si fué un paso de comedia.
Mire usted, primeramente,
torciendo así la cabeza,
me miró con unos ojos
tan tiernos... si no me deja
la risa...
Anast.—Vaya, babosa,
¿qué te dijo? no me muelas.
Rosau.—Me dijo: dulce bien mio,
mano mia, amada prenda,
yo espiro por esos ojos
de fuego, por esas cejas
de azabache y esa boca
mas pequeña que una almendra;
porque es usted tan bonita...
Anast.—Vaya, déjate de necias
alabanzas y sepamos,
en qué concluye la fiesta.
Rosau.—En que nos casamos.
Anast.—¡Cómo,
¿que desatinos intestas!
Rosau.—¡Toma me pidió la mano,
y yo como no soy lerda
ni manca, qué habia de hacer
si no dársela?
Anast.—¡Que bestia¡
¿con qué se la diste?
Rosau.—Mucho:
¿y por eso usted se inquieta?
Muy buen provecho le haga.
Anast.—No te rompo la cabeza.
porque eres simple: es preciso
hacer hoy la dilgencia.
de buscar á ese sugeto,
para lavar esa afrenta
con su sangre, ó con su boda.
Rasau.—Nó se hará novio de pencas;
porque por casarse está
con tanta lengua de fuera:
y yo, si he de hablsr verdad
tengo unas ganas tremendas
de ser novia, porque usted
no me tenga tan sujeta
Anast.—¡Calla esa lengua maldita!
¡Dios mio! mejor quisiera
tener por sobrina un tigre,
ou eno una tonta. ¿Quién entra?

Sale Perico, con un cartabon muy grande que no se vea..

Perico.—Dios sea en aquesta casa.
¿Don Anastasio Viruelas
no vive aquí.
Anast.—Sí señor,
yo soy.
Perico.—Sea enhorabuena,
Yo vengo...
Anast.—¿Quién es usted?
Perico.—Yo me llamo Juan de Aprieta,
para servirle.

Anast.—¿Y qué quiere?
Perico.—El maestro diego Lezna
está en la cama algo malo,
y así me ha dicho que venga
á tomarle la medida
de los zapatos. (Dios quiera *Ap.*
que me dé cincnenta palos.)
Anast.—¿Y es cosa de consecuencias
la enfermedad del maestro?
Perico.—Noseñor; una friolera
viene á ser; por todo el cuerpo
le ha salido una gragea
perruna, que causa risa
verle tocar la vihuela.
Despues, doce golondrinos
le han salido en las aletas,
y por el pescuezo tiene
más ventanas que troneras
tiene un palomar; es cierto
que está hecho una blasfemia.
¡Si parece que los pobres
se corrompen mas apriesa!
Anast.—Lo siento mucho: un zapato
le traeré porque vea
como los quiero.
Perico.—Muy bien;
y de camino usted vea
de sacar el mejor vino:
Anast.—¿Pues qué, mi casa es taberna?
¡Estamos buenos! *Vase.*
Perico.—Señora,
este papel...
Rosau.—Venga, venga,
que ya se quién me lo escribe.
Perico.—Don Pedro espera á la puerta.
Rosau.—Pues mira, voy á escribir
dos garabatos siquiera
para decirle que yo .. que él...
mi tio... que es fuerza... y que...
que es preciso, y concluiré
poniendo el Requiem eternam. *Vase.*
Perico.—Vaya, vaya, que mi amo
carga con gran damisela!
el viejo viene: ojalá
se digne darme una felpa
para ganar esta plata.
Sale Anast.-Este zapato es la muestra;
uidado con que la punta
sea roma.
Perico.—Enhorabuena:
siéntese usté y tomaré
la medida.
Anast.—Maestro, cuenta:
¡Jesús y qué cartabon!
Perico.—Con eso tomo á las bestias
la medida.
Anast.—Picaron.
¿tú tienes la desvengüenza
de tratarme á mí de bruto?
Perico.—Ahora me carga de leña. *ap.*
De modo que como veo
que tiene V. un par de tercias
de pezuña, me parece
que no es hacerle ofensa
el llamarle á usté animal.
Anast.—Vete á la calle, y no quieras
impacientarme.
Perico.—Este hombre *ap.*
tiene muchísima flema,
¿Sabe V. que me da gana
de pegarle en la mollera
un puñetazo?
Anast.—¿A mí, perro?
¿en donde hay un palo?
Perico.—Ea, *ap.*
ya va á molerme los huesos.
Anast.—Agradece á mi prudencia,
que si no, con un garrote
te rompiera la cabeza.
Perico.-¡Por vida de los demonios! *ap.*
¡pues está buena la fiesta!
¡Vaya que el hombre es de mármol!
Pues señor, haga V. cuenta
que sin que me dé esos cuartos,
yo no salgo por la puerta.
Anast.—¿Qué cuartos?
Perico.—Los que me debe.
Anast.—¿Deberte yo?
Perico.—¿Usted niega
lo que he dado? Si digo
que es usté la quinta esencia
de la indignidad.
Anast.—Bellaco,
yo te pagaré la deuda
con una vara.
Perico.—Por fin, *ap.*

ya parece que se altera:
¡qué gusto! lo ménos, ménos,
sus veinte palos me pega.
Anast.—¡Toma, tunante.

Hace don Anastasio, despues de tomar la vara, accion de darle, aunque no le pega.

Perico.—Uno, dos,
tres, cuatro.
Anast.—Tengo prudencia:
vaya, vete, y escusemos
desazones y quimeras.
Per.—¡Miren con qué sale ahora, *ap.*
maldita sea mi estrella!
Voy á ver por otro lado.
Si usted me toca siquiera
con un dedo, diré á todos
que desciende de la nieta
de Zabulon.
Anast.—¿Yo judío?
Toma por la desvergüenza.
Perico.—Dé usted, dé usted...
Anast.—Yo no quiero,
porque seria una mengua
que ponga en un vil las manos
un hombre de mi nobleza.
Per.—¿A que me vuelvo á la calle *ap.*
sin ganar un real siquiera?
¿usted noble? Vaya, vaya,
sin duda que usted chochea:
¿Piensa usted que yo no sé
que fué cochero en su tierra,
despues pregonero en Soria
y verdugo en Antequera?
Anas.—A mí este ultraje? Atrevido,
recibe por la insolencia. *Le da dos.*
Perico.—Uno, dos.
Anast.—Pero te dejo.
por loco, vete y no vuelvas.
Per.—¿Y me he de ir con dos duros? *ap.*
seguro está que me mueva.
Sale Rosau.—¿Tio mio, qué ruido es ese?
Anast.—Este picaron, que intenta
sofocarme.
Perico.—Ahora le pico, *ap.*
como no sea de piedra.
Por tí es todo, dueño mio,
dame un abrazo, morena,
pues sabes que te requiero.
Rosau.—Tio, tio, que se acerca:
toma el papel. *ap.*
Anast.—Insolente.
¿este agravio en mi presencia?
Toma, infame. *Le dá cinco.*
Perico.—Tres, cuatro,
cinco, seis, siete.
Anast.—Escarmienta,
para otra vez. Vete al punto
que ya mi enojo se templa.
Per.—¿Y me he de ir sin una onza? *ap.*
Rosau.—Váyase el grande tronera.
Perico.—Yo no me voy sin decirle
que es borracho de taberna.
Anast.—Por vida...
Perico.—Ladron, cuatrero,
y por remate de cuentas,
un soplon.
Anas.—Si fuera cierto,
las espaldas te moliera.
Per.—¿Qué haré yo para imitar *ap.*
á este cachazudo? Fuera,
envidemos todo el resto,
¿A que le mojo la oreja
con saliva?
Anast.—Indigno, vete.
Perico.—Vaya este sopapo á cuenta.
Anast.—¡Ah perro! *Le da nueve.*
Perico.—Ocho, nueve, diez,
once, doce, trece, (aprieta)
catorce, quince, (¡qué punto!)
diez y seis, onza completa.
Anast.—Ya me canso de pegarle,
busca un diablo que te muela.
Perico.—Usted viva muchos años,
y mande usted cuanto quiera: *Váse.*
Anast.—Este es un loco; en mi vida
me sofoqué tan de veras.
Ros.-Qué gracioso ha estado el hombre!
Le volvia la trasera
y usted le estaba cascando
como a los niños de escuela.
Anast.—Véte allá dentro, bestiaza.
Rosau.—¿A mí me llama usted bestia?

pues sepa usted que en sus barbas
le he dado ahora una escuela
para mi novio á ese hombre,
con que así, si yo soy bestia
usted no se queda en zaga. *Váse.*
Ant.—¿Tú eres tonta? Una culebra?

Váse: la calle del principio, y sale Don Pedro.

Pedro.—Mucho tarda Periquillo;
pero él viene. Y bien, qué nuevas
me traes?

Sale Perico de la casa.

Perico.—Tome esta carta,
y sobre la marcha venga
una onza.
Pedro.—¿De qué, bruto?
Perico.—Del resúmen de una cuenta
de diez y seis garrotazos,
que me han destrozado media
quilla.
Pedro.—Ve noramala,
que yo no estoy para fiestas.
Lee. «Dulce y estimado novio...
Perico.—No andemos en cuchufletas,
que me echa el cuerpo más humo
que si fuera chimenea.
Pedro.—Vete de aquí, embusteron.
Lee. «Estoy echando centellas
por casarme...
Perico.—Yo las echo
de ver que usté se calmea:
con que digo, ¿usted parece
que se retracta?
Pedro.—No seas
embrollon.
Perico.—¿Cómo embrollon?
Carambola, ¿qué, usted piensa
que le engaño?
Pedro.—Ya se vé.
Perico.—¿A Perico tal afrenta?
eso no: llámeme usted
ladron, borracho, tronera,
pero jamás embustero
Pedro.—Anda á un simple que te crea.
Perico.—Esto pasa ya de ultraje,
y así es preciso dar prueba
de mi verdad.
Pedro.—¿Dónde vas?
Perico.—A vindicar mi inocencia:
que por usted he sufrido
dos carreras de baquetas.
¡Ah, señor Don Anastasio!
¡Don Anastasio!
Pedro.—No vuelvas
á gritar.

Sale Don Anastasio á la puerta, y Rosaura à la ventana.

Anast.—¿Qué buscas, perro?
Perico.—Declare usted en conciencia
cuántos palos me ha pegado.
Anast.—Diez y seis, segun tu cuenta,
pero conforme á la mia
te resto cuatro docenas.
Perico.—Si usted me los paga á duro
recibiré más de ochenta.
¿Lo ve usted, señor?
Pedro.—Canalla,
yo te cargaré de leña.
Rosau.—Mi novio, mi novio, tio.
Anast.—Digo; ¿Conque usted me
inquieta la muchacha?
Rosau.—Mucho, mucho,
que me tiene casi ciega.
Anast.—Calla, demonio.
Rosau.—Cabal:
y si por otra me deja...
Anast.—¿A que te tiro un guijarro?
Pedro.—Señor, la gracia y belleza
de su sobrina, ha rendido
mi corazon, el que anhela
la dicha de ser su esposo.
Ros.—La admito aunque no lo quiera.
Anast.—Vamos, porque ese demonio
ha de juntar á la puerta
todo el barrio. *Se entra.*
Perico.—Señor mio,
¿quién satisface esta deuda?

Pedro.—¡Anda noramala!
Perico.—Bien:
¿usted me paga?
Pedro.—No muelas.
Perico.—Pues señor, será preciso
devolverle á usted la leña,
y así vaya contando. *Le da*
Pedro.—¡Ah bribon, que me revientas!
Perico.-Cinco, seis, siete, ocho, nueve.
Pedro.—¡Socorro!
Sale D. Anast.—¿Qué bulla es esta?
Perico.—Es que estoy restituyendo
de garrotazos la deuda,
y pues ya no debo nada,
venga el que quiera á mi tienda,
le tomaré la medida
como la tomé á esta bestia. *Vase.*
Los dos.—¡Ah pícaro!
Anas.—Si lo cojo,
lo haré zampar en la trena.
Rosau.—Tio, que quiero casarme
esta tarde.
Anast.—Ya no hay fuerzas
para sufrirte: entre usted
para hablar de la materia.
Todos.—Y aquí se acaba el sainete,
perdonad las faltas nuestras.

FIN.

ARCHIVO-MUSEO-BIBLIOTECA
JOSE JORDAN MURILLO

MADRID:—1876.
Despacho: Calle de Juanelo, núm. 19.